

sistema, buscaba el primer cónsul argumentos para sus opiniones en las disposiciones que el mismo pueblo manifestaba á sus ojos.

A los que le habían aconsejado la indiferencia en materia de religión, había ya opuesto el movimiento popular acaecido recientemente en las puertas de una iglesia para obligar al cura á dar sepultura á una actriz. «¡Vean ustedes qué indiferente es ese pueblo!, dijo en aquella ocasión á los partidarios de la indiferencia. Y ¿por qué, les dijo también, han proclamado ustedes mismos al Ser Supremo en medio del más completo paroxismo revolucionario?.. En el corazón del pueblo hay siempre un motivo misterioso que le obliga á reconocer un Dios, sea éste el que quiera.»

En cuanto al modo de clasificar á los hombres en la sociedad, decía á los que desechaban toda distinción: «¿Por qué han creado ustedes fusiles y sables de honor? También esa es una distinción, y asaz ridícula por cierto, puesto que nadie lleva al pecho un fusil ó un sable de honor, y en esta materia gustan los hombres de lo que mejor se ve de lejos.» Había observado el primer cónsul un hecho singular, y se lo hacía notar á menudo á aquellos con quienes tenía costumbre de tratar. Chocábale que desde que la Francia, objeto de los miramientos y de las solicitudes de la Europa, estaba llena de ministros de todas las potencias ó de extranjeros de distinción que acudían á visitarla, el pueblo y aun las personas superiores al pueblo seguían con curiosidad á dichos extranjeros y parecían ansiosos de ver sus ricos uniformes y sus relumbrantes cruces. Casi siempre había gran gentío en el patio de las Tullerías para presenciar su entrada y su salida. «¡Vean ustedes, decía, esas vanas futilidades que tanto desdeñan los que se glorían de despreocupados! No es el pueblo de su parecer; le gustan esos cordones de todos colores lo mismo que la pompa religiosa. Los filósofos demócratas llaman á eso vanidad é idolatría. Concedo que lo sea; pero esa idolatría, esa vanidad, son debilidades comunes al género humano entero, y tanto de la una como de la otra pueden nacer grandes virtudes. ¡Esos juguetes tan menospreciados hacen á veces héroes! Esas dos supuestas debilidades, tanto la una como la otra, exigen señales exteriores; el sentimiento religioso pide un culto; el noble sentimiento de la gloria reclama distinciones visibles.»

Resolvió el primer cónsul crear una orden que substituyese á las armas de honor, que tuviera la ventaja de poderse conceder, así al soldado como al general y al sabio pacífico como al militar; que consistiese en condecoraciones semejantes en la forma á las que se usaban en toda Europa y además en dotaciones, útiles especialmente al mero soldado después de restituirse á sus hogares. Consideraba esto como un nuevo medio de poner á la Francia regenerada en relación con los demás países. Puesto que tal era el modo admitido en Europa de señalar á la pública estimación los servicios prestados, ¿por qué no admitir en Francia el mismo sistema? «Las naciones, decía, deben evitar el singularizarse, lo mismo que los individuos. La afectación de hacer lo contrario de lo que hacen todos, está reprobada por todas las personas sensatas y especialmente por las personas modestas. Ya que los cordones se usan en todos los países, añadía el primer cónsul, úselos también la Francia; ese vínculo más tendremos con la Europa; la

única diferencia estará en que así como entre nuestros vecinos no se dan, ni se daban en Francia más que al hombre de noble cuna, yo se los daré al que haya servido mejor en el ejército ó en el Estado, ó al que haya producido las mejores obras.» Un hecho llamaba más particularmente la atención del primer cónsul y había llegado á ser en él objeto de una verdadera preocupación; y era ver cuán desunidos andaban los hombres de la revolución, sin vínculo entre sí, y sin fuerza contra sus enemigos comunes. Mientras los vandeos duraban aún, aunque débiles y vencidos, secretamente coligados; mientras el clero, á pesar de estar constituido, formaba una corporación poderosa, amiga muy equívoca del gobierno, los autores de la revolución estaban divididos y aun desacreditados, fuerza es decirlo, por la opinión alucinada é ingrata.

No bien se dejaban un punto en libertad las elecciones, veíanse aparecer, ya personajes nuevos, á quienes no podía imputarse nada bueno ni malo, ya por el contrario revolucionarios fogosos, cuyo recuerdo inspiraba el terror. A los ojos de una nueva generación que no agradecía en lo más mínimo los esfuerzos de los que tanto habían sufrido desde el año 89 hasta el de 1800 para emancipar la Francia, el mérito principal era no haber hecho cosa alguna. El primer cónsul estaba convencido, y con razón, de que por poco que se favoreciera aquel movimiento, en breve desaparecerían de la pública escena todos los autores de la revolución; se vería levantarse una clase nueva dispuesta á prosternarse ante el realismo, y á lo sumo habría en ciertos momentos una reacción revolucionaria que haría aparecer nuevamente ciertos hombres sanguinarios; que así lo confirmaban las elecciones verificadas bajo el Directorio, alternativamente realistas, por el estilo del club de Clichy, y revolucionarias á la manera de Babeuf; y que de una en otra convulsión se vendría á parar en el triunfo de los Borbones y de los extraños, ó lo que es lo mismo, en la contrarrevolución pura y neta.

Miraba, pues, como indispensable debilitar el movimiento de las instituciones libres, mantener de este modo en el poder á la generación que había hecho la revolución, exceptuando solamente á algunos individuos mancillados de sangre, asegurando á estos mismos el olvido y el pan; fundar con esa generación una sociedad tranquila, regular y brillante, en que él formase la cabeza, sus compañeros de armas y sus colaboradores civiles la clase elevada, aristocracia si se quiere, pero aristocracia siempre abierta al mérito naciente, y en la cual tuvieran cabida con sus hijos los hombres que hubieran prestado señalados servicios y pudieran siempre tener lugar los hombres capaces de prestar servicios nuevos. Formada así esta sociedad según las leyes eternas de la naturaleza, quería rodearla de todas las glorias, embellecerla con todas las artes, para oponerla con ventaja á aquel antiguo régimen existente como un recuerdo vivo en la memoria de los emigrados y existente como una realidad en Europa entera: esperaba que se unirían á ella los mismos emigrados después que los hubiera escarmentado el tiempo, cuando los moviera el aliciente de los altos puestos, siempre con la condición de que acudiesen, no como protectores desdeñosos, sino como servidores útiles y sumisos. En cuanto al grado de libertad política que había de conceder á esa sociedad así cons-

tituida, ni él mismo lo sabía; creía que el momento actual no consentía que fuese mucha, porque toda libertad concedida engendraba crueles reacciones, y creía además que la libertad sería un obstáculo para su genio creador. Por lo demás esta cuestión le ocupaba entonces muy poco, ni le obligaba á pensar en ella el país, ansioso solamente de orden y de justicia. Quería, pues, fundar aquella sociedad con arreglo á los principios de la revolución, darle buenas leyes civiles, una poderosa administración, una pingüe hacienda y grandeza exterior; es decir, todos los bienes menos uno solo, dejando á otros para más adelante el cuidado de otorgarle, ó de dejarle tomar la parte de libertad política que pudiera admitir.

Según estas ideas había concebido él su sistema de recompensas civiles y militares y su plan de educación.

Las armas de honor inventadas por la Convención no produjeron buen efecto por no estar adaptadas á las costumbres. Habían organizado además complicaciones administrativas asaz enojosas á causa de la doble paga concedida á unos y negada á otros. Pensó el primer cónsul fundar una orden, militar en la forma, pero no destinada únicamente á los militares: dióle el nombre de Legión de Honor, queriendo inculcar en los ánimos la idea de una reunión de hombres consagrados al culto del honor y á la defensa de ciertos principios. Debía esta orden componerse de quince cohortes, cada cohorte de siete grandes oficiales, veinte comandadores, treinta oficiales y trescientos cincuenta legionarios simples: entre todos seis mil individuos de todas las graduaciones. El juramento indicaba la causa á que había que consagrarse al formar parte de la Legión de Honor. Prometía cada miembro defender la república, la integridad de su territorio, el principio de la igualdad y la inviolabilidad del patrimonio llamado nacional; era por consiguiente una Legión que iba á cifrar su honor en hacer triunfar los principios y los intereses de la revolución. Cada grado tenía asignadas sus condecoraciones y dotaciones: señalábanse á los grandes oficiales cinco mil francos de sueldo, á los comandadores dos mil, á los oficiales mil y á los meros legionarios doscientos cincuenta. Estos gastos debían satisfacerse de una asignación de bienes nacionales. Cada cohorte debía tener su asiento en la provincia en que estuvieran radicados sus bienes particulares. Todas las cohortes reunidas debían ser administradas por un Consejo superior, compuesto de siete miembros; primeramente los tres cónsules, y además cuatro grandes oficiales, de los cuales designara el senado el 1.º, el cuerpo legislativo el 2.º, el 3.º el tribuno y el 4.º el Consejo de Estado. El Consejo de la Legión de Honor, compuesto de este modo, tenía á su cargo el administrar los bienes de la Legión y deliberar sobre el nombramiento de sus individuos. Finalmente, y esto acababa de completar la institución y de indicar su índole, los servicios civiles en todas las carreras, como la administración, el gobierno, las ciencias, las artes y las letras, eran títulos de admisión, del mismo modo que los servicios militares. Para partir de lo presente se decidió que los militares que tenían armas de honor serían considerados como miembros natos de la Legión y clasificados en sus respectivas categorías según su graduación en el ejército.

Apenas cuenta esa institución cuarenta años, y ya se

halla sancionada por el tiempo, como si hubiera durado muchos siglos, por haber sido en estos cuarenta años la recompensa más equitativa del heroísmo, del saber, del mérito de toda especie, y por el empeño con que la han buscado los grandes y los príncipes de Europa más envanecidos por su cuna. El tiempo, juez de todas las instituciones, ha fallado, pues, sobre la utilidad y la dignidad de ésta. Dejemos á un lado el abuso que algunas veces haya podido hacerse de semejante recompensa bajo los diversos sistemas que se han sucedido, abuso inherente á toda recompensa concedida al hombre por el hombre mismo, y reconozcamos lo que tenía de bueno, de profundo y de nuevo en el mundo una institución que tendía á ennoblecer el pecho del simple soldado y del sabio modesto con la misma condecoración que debía brillar en el pecho de los generales, de los príncipes y de los reyes. Reconozcamos que la creación de esa distinción honorífica era el más glorioso triunfo de la misma igualdad, no de esa que iguala á los hombres rebajándolos, sino de la que los iguala ennobleciéndolos; reconozcamos finalmente que si bien podía esa distinción no ser más que una vana satisfacción para los magnates del orden civil y militar, era para el simple soldado restituido á su hogar el sostenimiento del hombre y al mismo tiempo la señal visible del héroe.

Además de este buen sistema de recompensas, imaginó el primer cónsul con no menos solicitud un sistema de educación para la juventud francesa. La educación, en efecto, era á la sazón nula, ó estaba entregada á los enemigos de la revolución.

Las corporaciones religiosas, empleadas en otro tiempo en educar á la juventud, habían desaparecido con el antiguo orden de cosas. Tendían por su parte á renacer, pero no pensaba el primer cónsul poner á su disposición la generación naciente, por cuanto las consideraba como secretos auxiliares de sus enemigos. Las instituciones con las cuales había querido substituir las la Convención, habían sido una pura quimera ya casi desvanecida. La Convención quiso dar gratuitamente al pueblo la instrucción primaria, y la instrucción secundaria á las clases medias, de modo que estuviesen ambas al alcance de todas las familias; pero nada consiguió; los concejos dieron á los maestros local, y por lo general los mismos que ocuparon los antiguos curas de aldea, pero no les dieron asignación, ó á lo sumo lo hicieron con asignados. Pronto dispersó la indigencia á aquellos desgraciados maestros. Las escuelas centrales donde se daba la instrucción primaria, situadas en la capital de cada departamento, eran establecimientos en cierto modo académicos, donde había cátedras públicas, á que podía asistir la juventud algunas horas del día, pero volviendo después á sus hogares ó á los colegios fundados por la industria particular. La naturaleza de los estudios era conforme con el espíritu de la época; los estudios clásicos, considerados como una antigua rutina, fueron casi enteramente abandonados; substituyéronse á las lenguas antiguas las lenguas vivas y las ciencias naturales y exactas. A cada escuela se agregó un museo de historia natural. Semejante instrucción ejercía poco influjo en la juventud, pues un curso que dura una ó dos horas cada día no es el medio más oportuno para granjearse su afición al saber. Los encar-

gados de formar á los jóvenes eran los directores de colegio, la mayor parte á la sazón enemigos del nuevo orden de cosas, ó especuladores avarientos que trataban á la juventud como objeto de tráfico y no como un depósito sagrado del Estado y de las familias. Por otra parte, las escuelas centrales, situadas una en cada capital de los ciento dos departamentos, eran poco numerosas. No había bastantes discípulos para aquellas ciento dos escuelas; sólo treinta y dos tenían oyentes y habían llegado á ser focos de instrucción. Despuntaron en ellas algunos buenos profesores que aún conservaban el espíritu de los estudios sanos, pero las vicisitudes políticas ejercieron también allí su perniciosa influencia. Los profesores elegidos por jurados de instrucción se sucedieron, como los partidos en el poder, y desaparecieron todos por turno, siguiéndoles sus discípulos. Finalmente, aquellas escuelas, sin vínculo, sin unidad y sin dirección central, eran más bien fragmentos diseminados que no un edificio completo y grandioso de pública instrucción.

El primer cónsul concibió su proyecto de un solo golpe con la resolución de ánimo que le era habitual. Primeramente, la Hacienda de la nación no permitía dar en todas partes y gratuitamente la instrucción primaria al pueblo, el cual fuera de esto no hubiera tenido espacio suficiente para recibirla, aun cuando tuviese el Estado bastantes recursos para proporcionársela. Todo lo más que podía hacerse era subvenir á los gastos del nuevo clero, y esto merced á una circunstancia particular de la época, que era la multitud de pensiones eclesiásticas que servían de sueldo á la mayoría de los curas. Era, pues, imposible pagar un instituto primario en cada concejo; hubo que limitarse á establecerlos en las poblaciones que contaban con los suficientes arbitrios para ocurrir por sí mismas á este nuevo gasto. Concedía el común la habitación y la escuela, y los alumnos pagaban una retribución proporcionada á las necesidades del maestro; esto era cuanto podía hacerse á la sazón.

Lo más importante en la actualidad era la instrucción secundaria. Suprimió el primer cónsul en su proyecto las escuelas centrales, que no eran más que cursos públicos sin conjunto y sin acción sobre la juventud. Contábanse treinta y dos escuelas centrales, que se habían logrado más ó menos, lo cual era como una prueba de la necesidad de instrucción que podía haber en las diversas provincias de la Francia. Proyectó el primer cónsul fundar treinta y dos establecimientos, á los cuales dió el nombre de liceos, tomándolo de la antigüedad, y que venían á ser unos colegios en que la juventud, acuartelada, digámoslo así, y detenida durante los primeros años de la adolescencia, debía recibir el doble influjo de una instrucción literaria poderosa y de una educación varonil, severa, bastantemente religiosa y enteramente militar, calcada sobre el régimen de la igualdad civil. Quiso restablecer en ellos la antigua regla clásica que concedía el primer lugar á las lenguas antiguas, dejaba sólo el segundo á las ciencias físicas y matemáticas, y á las escuelas especiales el cuidado de terminar la enseñanza de las primeras. Tenía razón en esto como en todo lo demás. El estudio de las lenguas muertas no es meramente un estudio de palabras, sino un estudio de cosas; es el estudio de la antigüedad con

sus leyes, sus costumbres, sus artes, su historia, tan moral y tan profundamente instructiva. Para aprender estas cosas no hay más que una edad propicia, que es la infancia, pues una vez llegada la juventud con sus pasiones y con su propensión á la exageración y al mal gusto, y la edad madura con sus intereses positivos, se acaba la vida sin haber consagrado un momento al estudio de un mundo, muerto como las lenguas que nos sirven de entrada en él. Si una curiosidad tardía nos aficiona á conocerlo, sólo penetramos en esa grandiosa antigüedad por medio de traducciones pálidas é insuficientes; y si en una época en que las ideas religiosas están amortiguadas, se olvidara también el conocimiento de la antigüedad, sólo vendríamos á formar una sociedad sin vínculo moral con lo pasado, únicamente instruída y ocupada en lo presente, una sociedad ignorante, degradada y exclusivamente dispuesta para las artes mecánicas.

Quiso, pues, el primer cónsul que los estudios clásicos volviesen á ocupar en su plan su antigua línea; las ciencias entraban sólo después. Debía enseñarse de éstas la parte útil á todas las profesiones de la vida y lo indispensable para pasar de las escuelas secundarias á las escuelas especiales. La instrucción religiosa debía estar á cargo de los capellanes, y la militar se encomendaba á antiguos oficiales del ejército. Todos los movimientos debían ejecutarse á paso militar y son de tambor. Este régimen era muy conveniente para una nación destinada á manejar las armas, ya en el ejército, ya en la guardia nacional. Componían el personal de estos establecimientos ocho profesores de lenguas antiguas ó de buenas letras, un censor de los estudios, un ecónomo encargado de la parte material y un jefe superior con el nombre de provisor.

Tales eran las escuelas en que se proponía el primer cónsul formar la juventud francesa; pero lo difícil era atraerla hacia ellas. Para conseguirlo recurrió á uno de esos medios atrevidos y seguros que son los que deben emplearse cuando se quiere seriamente lograr un objeto. Imaginó crear seis mil cuatrocientas dotaciones gratuitas que sostendría el Estado, y que al término medio de setecientos á ochocientos francos representarían un gasto total de cinco á seis millones anuales, suma considerable á la sazón. Aquellos seis mil y más alumnos bastaban para componer el núcleo, por decirlo así, de los liceos; y la confianza de las familias, que se esperaba adquirir con el tiempo, debía más adelante dispensar al Estado de seguir haciendo tan gran sacrificio. El producto de aquellas seis mil dotaciones constituía al mismo tiempo un recurso suficiente para ocurrir á la mayor parte de los gastos de los nuevos establecimientos.

Proponíase el primer cónsul distribuir del modo siguiente las dotaciones de que iba á disponer el gobierno; dos mil cuatrocientas debían destinarse á los hijos de los militares retirados que vivían con estrechez, de los funcionarios civiles que habían prestado servicios útiles y de los habitantes de las provincias recientemente reunidas á la Francia. Las otras cuatro mil estaban destinadas á las casas de pupilos actualmente establecidas. Había, en efecto, gran número de éstas que la industria particular beneficiaba, y creyó el primer cónsul que debía dejarlas existir; pero les dió cabida en su plan de

la manera más eficaz y sencilla. Estas casas de pupilos, ó colegios, no podían subsistir en adelante sino con la autorización del gobierno; los agentes del Estado debían inspeccionarlos anualmente; tenían además la obligación de enviar sus alumnos á las cátedras de los liceos mediante una corta retribución. Finalmente, las cuatro mil dotaciones debían distribuirse, después de un examen anual, entre los alumnos de los diversos colegios en razón del mérito reconocido y el buen comportamiento de cada establecimiento. De este modo las casas de pupilos formaban parte del plan general en que estaban comprendidas.

Pasando después á la instrucción especial, se ocupó el primer cónsul en completar su organización. El estudio de la jurisprudencia había muerto con la antigua organización judicial. Creó diez escuelas de derecho. Las escuelas de medicina, menos descuidadas, subsistían aún, pero sólo había tres y propuso crear seis. La escuela politécnica existía, y quedó comprendida en la nueva organización. Añadió una escuela de obras públicas, que después tomó el nombre de escuela de puentes y calzadas; otra escuela de artes mecánicas establecida en Compiègne, y después en Chalons del Marne, primer modelo de las escuelas de artes y oficios que de tanta utilidad se reputan hoy día; y finalmente, otra escuela del grande arte, que constituía á la sazón el poder del primer cónsul y de la Francia, una escuela de arte militar destinada á ocupar el palacio de Fontainebleau.

Faltaba á este conjunto un complemento, esto es, un cuerpo de enseñanza que diese á aquellos colegios buenos profesores, que extendiese á todos ellos su vigilancia; en una palabra, faltaba lo que se llamó después la universidad; pero aún no había llegado el momento de fundarla; era ya bastante salvar del naufragio los establecimientos de instrucción pública, y crear desde luego con los profesores actuales colegios dependientes del Estado, en que la juventud de todas las clases, atraída por la educación gratuita, se formase por un modelo común regular, conforme con los principios de la revolución francesa y con las sanas doctrinas literarias. Dijo el primer cónsul al sabio Fourcroy: «Esto no es más que principiar; más adelante se hará más y mejor.»

Estos dos importantes proyectos fueron desde luego presentados al Consejo de Estado, y en esta ilustrada corporación fueron asunto de animadas controversias. El primer cónsul, que no gustaba de la discusión pública, porque agitaba entonces los ánimos hartos tiempo conmovidos, la deseaba y aun la provocaba en el seno del Consejo de Estado. Era éste su gobierno representativo. En él se mostraba original, elocuente, lleno de familiaridad: era indulgente con todos y consigo mismo, y poniendo en choque su inteligencia con la de sus opositores, hacía brotar más luz de la que puede lograrse en una grande asamblea, en que la solemnidad de la tribuna y los inconvenientes de la publicidad traban y comprimen sin cesar la verdadera libertad del pensamiento. Esta misma forma de discusión sería la preferible para el esclarecimiento de los negocios, si no estuviera en mano de un soberano absoluto el circunscribirla en los límites de su capricho; pero una corporación semejante es la mejor de las instituciones para el despotismo ilustrado cuando quiere verdaderamente ser tal.

El Consejo de Estado, compuesto de todos los hombres de la revolución, y de algunos otros que habían despuntado más recientemente, ofrecía en su conjunto los diversos matices de la opinión pública, y poco atenuados; pues si por una parte Portalis, Rœderer, Regnault de Saint-Jean d'Angely y Devaines representaban en él de una manera marcada el partido de la reacción monárquica; Thibaudeau, Berlier, Truguet, Emmerly y Berenger representaban por otra parte el partido fiel á la revolución, hasta el punto de defender á veces sus mismas preocupaciones. Pero las discusiones á puerta cerrada del Consejo de Estado eran sinceras y altamente provechosas.

Fué vivamente atacado el proyecto de la Legión de Honor. Quizás en este negocio como en el del Concordato excedía el primer cónsul al movimiento general de los ánimos. Aquella misma generación que se prosternó en breve al pie de los altares y que se llenó el pecho de condecoraciones con una premura enteramente pueril, aún se oponía entonces al restablecimiento de los cultos y á la institución de la Legión de Honor.

Creíase aún en el Consejo de Estado que la institución de la Legión de Honor menoscababa la igualdad, restablecía en cierto modo la aristocracia destruída y era un regreso demasiado paladino hacia el antiguo régimen. Su objeto tan elevado y tan positivo, evidente por el juramento que había de prestarse, que era mantener los principios de la revolución, no hacía huella apenas en la mente de los opositores. Alegaban éstos que las obligaciones que comprendía aquel juramento eran comunes á todos los ciudadanos, puesto que todos debían contribuir á defender el territorio, los principios de igualdad, los bienes nacionales, etc.; que particularizar esta obligación para cierto número era hacerla menos estricta para los demás. Alegaban que esa legión tenía un objeto demasiado excepcional, cual era por ejemplo el de defender á un poder al cual se tuviese adhesión por agradecimiento. Otros, citando la Constitución, objetaban que en ésta sólo se mencionaba un sistema de recompensas militares; añadían que semejante institución se comprendería mejor y daría menos lugar á la crítica si tuviese por objeto recompensar exclusivamente las acciones de guerra; que las acciones de esta especie eran tan positivas, de tan fácil apreciación y tan generalmente recompensadas en todos los países, que nadie tendría que decir si se limitase claramente á este objeto.

El primer cónsul respondió á todas estas objeciones con la dialéctica más vigorosa. «¿Qué hay de aristocrático, decía, en una distinción enteramente personal y puramente vitalicia, concedida al hombre que ha desplegado un verdadero mérito civil ó militar, y que se le concede á él solo sin la facultad de transmitirla á sus hijos? Una distinción semejante es todo lo contrario de la aristocracia, pues lo peculiar de los títulos aristocráticos es el poder pasar del que los mereció á su descendiente que nada hizo para adquirirlos. Una orden es la más personal y la menos aristocrática de las instituciones. Pero dícese que tras de eso vendrá otra cosa; es posible; más primero debemos examinar lo que se nos da, y después juzgaremos de lo demás. Pregúntase qué significa esa legión compuesta de seis mil individuos y cuáles serán sus deberes. Pregúntase si tiene

otros deberes más que los que se imponen á todos los ciudadanos en general, cuando todos igualmente están obligados á defender el territorio, la Constitución y la igualdad. Puede en primer lugar responderse á esa objeción: que todo ciudadano debe defender la patria común, y que, sin embargo, existe el ejército, á quien más particularmente se impone este deber. Siendo esto así, ¿qué tendría de extraño que hubiera en el ejército un cuerpo escogido al cual se le pidiese mayor fidelidad á sus deberes y mayor disposición á hacer el gran sacrificio de la vida? Pues si fuera de esto se quiere saber qué será esa legión, exclamaba el primer cónsul volviendo á su idea favorita, helo aquí: no es más que un ensayo de organización para los autores ó partidarios de la revolución, que no son ni emigrados, ni vandeanos, ni clérigos. El antiguo régimen, tan batido por el ariete de la revolución, permanece aún más sólido de lo que se cree. Todos los emigrados se dan la mano, los vandeanos están aún secretamente alistados, y con las palabras de rey legítimo y de religión pueden en un instante reunirse millares de brazos que se armarían, ténganlo ustedes por seguro, á no contenerlos su propio cansancio y la fuerza del gobierno. Los clérigos forman un cuerpo que en realidad nos quiere muy poco; es preciso que los que han tomado parte en la revolución se unan por su lado, formen liga entre sí y cesen de depender del primer accidente que pueda amagar á una sola cabeza. No ha faltado mucho para que todos os vierais nuevamente sumergidos en el caos con la explosión del 3 nivoso y entregados sin defensa á vuestros enemigos: desde hace diez años sólo hemos amontonado ruinas; fuerza es ya fundar un edificio para establecernos en él y vivir. Esos seis mil legionarios, entre los cuales se hallan todos los que hicieron la revolución, los que la defendieron después de haberla producido y quieren continuarla en sus principios razonables y justos; esos seis mil legionarios, militares, funcionarios civiles y magistrados dotados con los bienes nacionales, es decir, con el patrimonio de la revolución, son una de las más sólidas garantías que podemos dar al nuevo orden de cosas. Además la lucha con la Europa no está terminada; su renovación es segura; y es poca fortuna acaso el tener en nuestras manos un medio tan sencillo para sostener y excitar la valentía de nuestros soldados? Con sólo tres millones de renta en bienes nacionales, en vez de ese quimérico millar que ya ni nos atreveríamos siquiera á prometer, podemos encontrar para sostener la revolución francesa otros tantos héroes como se juntaron para emprenderla.»

Tales eran los argumentos del primer cónsul; pero tenía aún otros contra los que pedían que la nueva orden fuese puramente militar y destinada sólo al ejército. «No quiero, decía, fundar un gobierno pretoriano; no quiero recompensar únicamente á los militares. Para mí todos los méritos son iguales, y el valor del presidente de la Convención, resistiéndose al populacho amotinado, debe ponerse, en mi concepto, en la misma línea que el valor de Kléber en el asalto de San Juan de Acre. Mucho se habla de los términos de la Constitución; ¿habrá que esclavizarse, por ventura, á las palabras? La Constitución ha querido decirlo todo, mas no siempre ha sabido; á nosotros nos toca suplir su silencio. Es preciso que las virtudes civiles tengan su recom-

pensa como las virtudes militares; los que á esto se oponen razonan como bárbaros. Lo que nos aconsejan es el culto de la fuerza brutal; pero los derechos de la inteligencia son preferibles á los de la fuerza; la fuerza misma nada supone sin la inteligencia. En los tiempos heroicos, el general era el hombre más fuerte y más diestro en su persona; el general en los tiempos civilizados es el más entendido de los valientes. Cuando nos hallábamos en el Cairo, no acertaban á comprender los egipcios cómo, siendo Kléber tan imponente en su persona, no era el general en jefe. Y cuando Murad-Bey observó de cerca nuestra táctica, comprendió que sólo yo y no otro alguno debía ser el general de un ejército conducido de aquel modo. Razonan ustedes como los egipcios cuando pretenden limitar las recompensas al valor militar; los soldados mismos, añadía el primer cónsul, razonan mejor que ustedes. Vayan ustedes á sus vivaques y escuchen su lenguaje; ¿creen ustedes que los oficiales que les inspiran más consideración son los más aventajados y de más imponente aspecto? No por cierto, son los más valientes. ¿Y creen ustedes que sea precisamente el más valiente de todos el que ocupa en su consideración el primer lugar? Sin duda alguna despreciarían á aquel cuyo valor les pareciera sospechoso; pero prefieren con mucho al valiente al que reputan más entendido. ¿No sucede así conmigo mismo? ¿Creen ustedes que sólo porque se me tiene por un gran general me obedece la Francia? No ciertamente: es porque se me atribuyen las cualidades de estadista y de magistrado. La Francia jamás tolerará el gobierno del alfanje; los que así lo creen se engañan miserablemente. Para que esto sucediera serían necesarios antes cincuenta años de abyección. La Francia es un país asaz noble y asaz inteligente para someterse á la potencia material y para inaugurar en sí misma el culto de la fuerza. Honremos, pues, la inteligencia, la virtud, las cualidades civiles, en suma, en todas las profesiones; recompensémoslas en todas con un premio igual.»

Estas razones, explanadas con valor y con afluencia en boca del capitán más grande de los tiempos modernos, arrastraron con su seducción á todo el Consejo de Estado. Fuerza es confesar que eran á un mismo tiempo sinceras é interesadas; quería el primer cónsul que supiesen todos, y especialmente los militares, que no sólo era jefe de la Francia por ser general, sino también por ser un hombre de genio.

No pudiendo hacerle renunciar á su proyecto, amonestáronle á que lo demorase, diciéndole que era demasiado prematuro, y que habiéndose quizás adelantado con exceso al movimiento general de los ánimos en el asunto del Concordato, convenía detenerse un instante, y dar á la opinión un momento de descanso; pero desoyó todos estos consejos, porque en todo le hacía su naturaleza impaciente por el resultado.

El proyecto relativo al sistema de educación pública suscitó también graves objeciones en el seno del Consejo de Estado. El partido de la reacción monárquica no dista mucho de desear el restablecimiento de las comunidades religiosas. El partido contrario sostenía las escuelas centrales, y pedía más bien la reforma que la derogación de este sistema. Este último manifestaba también cierta desconfianza en cuanto á las seis mil

cuatrocientas dotaciones gratuitas, cuya distribución se había dejado al arbitrio del gobierno.

«Las antiguas comunidades, decía el primer cónsul, no son de este tiempo, y por otra parte son enemigas nuestras. El clero contemporiza con el gobierno actual, y le prefiere á la Convención y al Directorio; pero le acomodarian mucho más los Borbones. Las escuelas centrales no existen, están reducidas á la nada. Es preciso crear un vasto sistema, y organizar en Francia la educación pública. Se creará tal vez que el gobierno ha pensado establecer como un medio de influencia en favor suyo esas seis mil cuatrocientas dotaciones gratuitas; eso es mirar la cuestión por el lado más mezquino. El gobierno tiene más influencia de la que desea. No hay cosa alguna que no pudiera llevar hoy á cabo, sobre todo si intentara acabar con la revolución, destruir lo que ella ha producido y restablecer lo que la misma destruyó. Así se lo piden de todas partes; continuamente está recibiendo comunicaciones confidenciales de todo género, en que cada cual propone la restauración de una parte del antiguo régimen. Es preciso guardarse mucho de ceder á semejante impulso. Esas seis mil dotaciones son necesarias para organizar una sociedad nueva é imbuir en ella el espíritu del siglo. Es necesario ante todo atender á los militares y á sus hijos; todo se les debe á éstos, nada absolutamente han recibido del millar que se les prometió. No hay cosa más fácil que asegurarles lo necesario para vivir; esas dotaciones son el suplemento indispensable de la escasez de sus sueldos. Los funcionarios civiles merecen también á su vez ser recompensados y estimulados cuando han cumplido con sus deberes; son éstos por otra parte tan pobres como los militares. Unos y otros nos entregarán sus hijos para que los eduquemos y los acostumbremos al nuevo régimen. Los cuatro mil pensionados que escogeremos en los actuales colegios serán también un plantel de ciudadanos que nos granjearemos en el mismo sentido. Es preciso que fundemos una sociedad sobre los principios de la igualdad civil, en que todos encuentren su lugar, que no ofrezca ni las injusticias del feudalismo ni la confusión de la anarquía. Es muy urgente fundar esta sociedad, que seguramente aún no existe. Para fundarla se necesitan materiales, y los únicos buenos están en la juventud. Fuerza es, pues, decidirnos á hacérsola adicta, y si no lo conseguimos por el atractivo de la educación gratuita, seguro es que los padres no nos la confiarán espontáneamente. Nosotros, los autores, cómplices ó defensores de la revolución, somos todos sospechosos. ¡Tanto cambian las naciones! ¡De tal modo se han desvanecido las ilusiones del año 89! No nos confiarán fácilmente sus hijos las familias si no empleamos nosotros los medios conducentes para atraerlos. Si fundáramos liceos sin dotaciones, los veríamos aún más desiertos, cien veces más que las escuelas centrales, porque los padres envían sin temor sus hijos á las cátedras en que se enseña el latín y las matemáticas, pero no los enviarían fácilmente á colegios dominados completamente por la autoridad. No hay más medios para atraerlos que las dotaciones. Pensemos también en que es preciso hacer franceses á los habitantes de los departamentos reunidos, para lo cual tampoco hay otro medio más que apoderarse de sus hijos, aunque sea mal de su grado, ponerlos con los

hijos de nuestros oficiales, de nuestros funcionarios y de nuestras familias poco acomodadas que la ventaja de una educación gratuita haya dispuesto á depositar en nosotros una confianza de que no usarían de otro modo. Entonces esa generación naciente aprenderá nuestra lengua y se imbuirá de nuestro espíritu; y nosotros lograremos amalgamar á los franceses de antaño con los franceses de hoy, y á los franceses del centro con los de las riberas del Rhin, del Escalda y del Po.»

Estas profundas razones, repetidas en varias sesiones y bajo mil formas diversas, de las que sólo referimos aquí la substancia, hicieron prevalecer el proyecto de ley. Mr. Fourcroy quedó encargado de presentarlo al cuerpo legislativo y de sostener su discusión.

Este proyecto y el de la Legión de Honor fueron presentados al cuerpo legislativo casi al mismo tiempo, por cuanto el primer cónsul no quería dejar pasar aquellas pocas sesiones sin haber establecido las principales bases de su vasto edificio. La ley sobre instrucción pública no encontró grandes obstáculos, y sostenida por Mr. Fourcroy, que era su autor á medias con el primer cónsul, fué adoptada por una considerable mayoría. Obtuvo en el tribunado ochenta bolas blancas contra nueve negras. En el cuerpo legislativo doscientas cincuenta y una contra veintisiete. Pero no sucedió así con la ley relativa á la Legión de Honor; ésta halló en las dos asambleas una resistencia igualmente tenaz. Luciano Bonaparte fué nombrado para dar cuenta de ella, y por el mismo calor con que la defendió descubrió con harta evidencia que defendía una idea de familia. En el tribunado fué atacada bruscamente la institución por Savoie-Rollín y Chauvelin, poniendo este último cierta pretensión en defender el principio de igualdad á pesar del nombre que llevaba. Luciano, que aunque poseía dotes de orador no había ejercitado bastantemente el arte de la elocuencia, le contestó con poca calma y mesura, y contribuyó mucho á indisponer al tribunado. Por esta razón, á pesar del expurgo verificado en aquel cuerpo, el proyecto presentado sólo obtuvo cincuenta y seis bolas blancas contra treinta y ocho negras.

La discusión en el cuerpo legislativo, aunque dirigida en su totalidad en el mismo sentido, puesto que el tribunado adoptando la proposición del gobierno sólo había enviado oradores encargados de apoyarla, no reconcilió mucho los ánimos; en efecto, sólo hubo ciento sesenta y seis votos favorables contra ciento diez votos contrarios. Adoptóse, pues, el proyecto de ley, pero rara vez se había visto una minoría tan fuerte y una mayoría tan débil, aun antes de quedar excluidos los opositores. Consistía esto en que el primer cónsul hirió con él el sentimiento de igualdad, que era el único que sobrevivía en los corazones. Este sentimiento se ofendió ciertamente sin razón alguna, puesto que nada había menos aristocrático que una institución cuyo objeto era conferir al mérito del soldado y del sabio una distinción puramente vitalicia, enteramente igual á la que ostentasen el general y el príncipe. Pero todo sentimiento en siendo vivo es asombradizo y quisquilloso. Había procedido el cónsul con demasiada precipitación, y convino en ello. «Hubiéramos debido esperar, dijo, es evidente; pero la razón estaba de nuestra parte, y cuando esto sucede es preciso saber arriesgar algo. Además, el proyecto ha sido mal defendido; se han callado